

## **La máquina secreta del doctor Wolfenberg**

Cuando el doctor Wolfenberg terminó su opus magnum, no lo podía creer. Era todo un desafío el que se había planteado dos décadas atrás, algo imposible de lograr para la mente humana y el sueño de muchos científicos que trabajan en este campo. Este artefacto hacía, que sus inventos y estudios anteriores quedaran sin la importancia merecida, y sin que le interesaran sus premios y demás logros. Simplemente había encontrado la llave del baúl, la cual resolvería el misterio. El doctor ajustó algunas tuercas más, ultimó detalles y se quedó observando la máquina por varios minutos. Se cambió la bata sucia, llena de grasa y del sudor de unos cuantos días, por una limpia

y blanca, casi nueva. Encendió la fuente de poder y respiró hondo. Abrió la puerta de este maravilloso artilugio, prestando atención, buscando algún pormenor, o cualquier cosa que le indicara qué más debía corregir. La máquina era de un metro ochenta de alto, por un metro ochenta de ancho, en un material muy brillante como el aluminio y que viéndole a lo lejos, se asimilaba a un enorme cubo Rubik, con lo que solía jugar el profesor. En el interior, contaba con una cómoda silla que él mismo mandó a elaborar, tenía botones e interruptores en el techo, y al frente, un tablero digital oscuro, con luces azules claras. Al igual que un avión, varios de los botones y comandos, se repetían por seguridad; en otro concepto, este aparato se asemejaba a la mitad del compartimento donde se ubica el piloto de un helicóptero. Su pensamiento inicial no contemplaba más espacios, pues, esta máquina solo tendría funciones específicas y un único uso; después sería destruida. A las 16:40 horas, configuró la máquina con cierto temor a la vez, ya que hace dos años envió un maniquí como prueba, sin

saber en qué estado fue a parar; sin cámaras que pudieran darle reportes, porque simplemente no grababan nada interesante, aparte de una efímera distorsión. Descubrió también que no podría viajar con objetos metálicos, la primera vez que lo hizo, produjo un corto circuito en el tablero. Entonces anotó en su diario:

*Al parecer, cuando la máquina inicia su recorrido por el tiempo y espacio, no admite objetos metálicos. Con el plástico no presentó problemas, con las telas tampoco, cosa que ayuda bastante. No me imagino llegando a otro lugar ligero de prendas.*

Por último ajustó su destino con los siguientes dígitos: 26/12/1988. Exactamente veinte años, cuatro meses y veintidós días atrás, la fecha en que su esposa falleció. Su intención: impedir que muera. Debe aterrizar a las 05:00 horas, para retrasarle un poco la salida, antes de que vaya al trabajo. El accidente automovilístico será a las 08:07 horas. El doctor Wolfenberg cree que con tres horas le basta para lograr su cometido. No ha dejado de

pensar en las paradojas, ni en las alteraciones del transcurso del tiempo, sin embargo prefiere correr el riesgo. Se imagina disfrazándose de vendedor, insistiéndole para que le compre algún producto casero, retrasando así su hora de salida. Asimismo imagina averiar su auto, algo leve, que le haga tomar un taxi, pero en medio de su negativismo, supuso que podría accidentarse en el taxi también; desechó la idea de igual forma. Hacerse pasar por él mismo, aunque volvía a lo de las paradojas, esa era la que más le llamaba la atención: dormir al Jonas Wolfenberg de 1988, y sustituirlo. El dilema sería su aspecto: ella notaría el paso del tiempo en su rostro, notaría sus cincuenta años de edad y su pérdida de peso. En todo caso, eso concurriría como detalles, lo importante era que el plan diera resultado. Así podría tocarla, besarla y despedirse de ella, como no lo hizo ese día; abrazarla y fingir que estaba enfermo, para que su esposa le llevara al médico y así tardara en llegar a su oficina, o que no asistiera. Comenzó a sollozar un poco, pues pensaba que vería nacer al niño que ella llevaba en

su vientre y ser felices. Luego se limpió el rostro con la manga de la bata. En seguida lo pensó bien y ajustó los parámetros un día antes. «Es mejor tener tiempo de sobra», expresó en voz alta y sin dejar de meditar en que, una de las condiciones del viaje, es que solo podrá ir y volver en menos de doce horas, por lo de la inestabilidad de la fuente de energía. Caminó por su casa, asegurando puertas y ventanas, cerró el laboratorio también y dejó a su pastor alemán en el patio. Llevaba las prendas que necesitaba y otros objetos, nada metálico por supuesto. Se ubicó en la máquina, cerró el compartimento, aseguró muy bien su cinturón y la encendió. Tocó algunos botones y revisó una vez más las configuraciones.

La máquina comienza a hacer un ruido parecido al de un motor de fórmula uno, pero más agudo. En el interior de la nave, el doctor Wolfenberg respira nervioso. Todo está listo y únicamente falta oprimir el botón verde que está al lado derecho superior del tablero: *start*. De un momento a otro la máquina se eleva unos centímetros del suelo, oprime el botón y

en medio de un estrepitoso temblor, desaparece del laboratorio en Hoppegarten, ubicado a unos cuarenta y cinco minutos aproximadamente de su antigua casa en Berlín. El profesor creyó conveniente lo de su traslado, debido a que no quería pasar por los mismos lugares donde vivió con Herlinda, su amada esposa. También pensó en llamar poco la atención, y en una ciudad pequeña estaría más cómodo con sus labores, sin conocidos, solo los de su trabajo en la universidad.

Cuando la máquina reapareció, un viento fuerte hizo volar papeles y objetos livianos a su alrededor. El doctor Wolfenberg sentía un fuerte mareo y ganas de salir inmediatamente a tomar aire. Una vez abrió el compartimento, observó el sitio. Parecía ser el mismo de unos segundos anteriores. Caminó y revisó todo el lugar. Debía encender su televisor o hablar con algún ciudadano para certificar la fecha de su arribo, pero ya lo sospechaba. Al emerger hacia su casa, sus calendarios no mostraban diferencia, su radio estaba en la estación de noticias de siempre y todo se veía igual.

El locutor indicó que eran las 17:07 horas. Abrió la puerta de la calle, y con los ladridos de Bruno al fondo, descartó cualquier duda, pues el perro le acompañaba desde hace cuatro años. Al asomarse saludó a uno de sus empleados, el cual contrató hace tres años.

—Hola profesor Wolf

— ¿Cómo estás Adal?

—Bien profesor. ¿Desea que le ayude en algo?

—No, gracias Adal, así estoy bien —dijo esto y se dio media vuelta entrando a su casa.

Algo exacerbado tiró la puerta. Seguía en la misma fecha, ni un año más ni un año menos. Revisó de nuevo la máquina y se dio cuenta que tal vez, la fuente de poder resistiría un poco más. Así que decidió esperar a que el artefacto descansara y recuperara su temperatura; de igual forma, él estaba muy agotado, tenía la sensación de haber hecho demasiado ejercicio. Abrió la puerta del patio dejando ingresar a Bruno; posteriormente comió un trozo